

El Pequeño Vampiro

en la granja



ANGELA SOMMER-BODENBURG

Anton está pasando una semana de vacaciones en una granja. Lo primero que hace al llegar allí es buscar a su amigo Rüdiger, que debería estar esperándole; cuando por fin lo descubre en una pocilga, resulta que el pequeño vampiro no está precisamente de buen humor. Las vacaciones se presentan tempestuosas, y la amistad entre ambos sufrirá una dura prueba...

Este libro es para Burghardt Bodenburg, que se enfada enormemente por que Boris le supera en el crecimiento de los dientes de vampiro; y para Katja, que sigue sin tener ningún agujero en sus dientes de leche.

Angela Sommer-Bodenburg

A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa para él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.

Aire del campo

—¿No es hermoso esto? —exclamó la madre de Anton colocando su maleta en el polvoriento suelo, exactamente al lado de una boñiga de vaca seca, según pudo advertir Anton maliciosamente.

—¡Muy hermoso! —gruñó mirando de mal talante hacia la casa de labor.

¡Y él tenía que quedarse una semana con sus padres, en aquella estúpida granja que se habían buscado!

Vacaciones en la granja... ¡Qué aburrido sonaba eso! ¡Naturalmente a él no le habían preguntado si quería pasar sus pocos días de vacaciones entre vacas, gallinas y cerdos! Tenía que pasear y montar en caballos de faena... y encima respirar el buen aire del campo. El buen aire del campo... ¡Que no le hicieran reír!

—Además —les dijo a sus padres—, con el buen aire del campo seguramente os habéis debido equivocar. En realidad apesta.

—En absoluto —repuso su madre—. A mí el aire me parece extraordinario. ¡Tan fresco! Completamente diferente al que tenemos en la ciudad. ¿No te parece? —le preguntó al padre.

—Sí, sí —dijo.

—A pesar de todo apesta —insistió Anton—. El aire quizá sea sano, pero apesta.

Su madre le echó una mirada burlona.

—No sabía yo que tú tuvieras una nariz tan sensible. Cuando pienso en tu amigo, ese Rüdiger von Schlotterstein...

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—¿Ya no te acuerdas de cómo apestaba su capa?

Anton tuvo que reírse irónicamente.

—Es porque la capa tiene ya cien años —dijo orgulloso

—. Quizá, incluso, más aún.

Petulante, añadió:

—En el caso de los vampiros pasa eso.

El ya sabía que sus padres no creían en vampiros. Todo lo que él contaba sobre su amigo, el pequeño vampiro, siempre lo tomaban como si fuera pura invención. Por eso para Anton lo menos peligroso era decir siempre la verdad en todo lo que a vampiros se refería, pues eso era lo que menos le creían sus padres.

Y esta vez también lo mismo.

—¡Vampiros, sí, sí! —dijo de mal humor la madre—. Gracias a Dios ahora estamos en el campo y descansaremos por fin de tus eternos vampiros..., vampiros en la televisión, en el cine y en tus terribles libros.

—¡Ah! ¿Sí?

Anton se mordió los labios. Si supieran que el pequeño vampiro vivía allí, en la granja, desde la pasada noche...

—Yo llevaré el equipaje —dijo complacido.

Cogió su bolso de viaje y dos bolsas y lo llevó todo hacia la puerta de la casa de labor.

—Qué solícito se ha vuelto Anton de repente —oyó decir a su padre.

—Todo es sólo por sus vampiros —oyó contestar a su madre—. No puede soportar que nadie le dé una opinión al respecto.

Pintura rústica

Anton tenía una buena opinión de los vampiros. Por lo menos de Rüdiger von Schlotterstein y de su hermana pequeña Anna, que vivían con su familia de vampiros en la Cripta Schlotterstein.

«¿Pero viven realmente los vampiros?», meditó Anton. «Durante todo el día duermen en sus ataúdes como muertos. Sólo cuando el sol se pone se despiertan y abandonan sus ataúdes para ir de caza protegidos por la oscuridad... ¡A la caza de sangre humana!»

Anton se estremeció. Incluso allí, en la pequeña habitación para invitados, se sentía muy extraño al pensar en el plato favorito de los vampiros... y en los sanguinarios parientes del pequeño vampiro: Ludwig el Terrible, Hildegard la Sedienta, Sabine la Horrible... ¡y Tía Dorothee, la peor de todos!

En aquel momento llamaron a la puerta.

Sorprendido, Anton se sobresaltó.

—¿Sss, sí? —dijo vacilante.

La puerta se abrió y entró el padre de Anton.

—Ah, eres tú... —dijo Anton, aliviado.

Por un momento había creído realmente que había un vampiro delante de su puerta. Sin embargo, eso no era posible de ningún modo, pues no eran más que casi las once de la mañana.

—La señora Hering nos va a enseñar la granja —aclaró el padre.

—Todavía tengo que deshacer la maleta —rechazó Anton.

—¿Te gusta tu habitación? —preguntó el padre mirando a su alrededor.

Sin esperar la contestación de Anton afirmó:

—¡Pues es bonita!

—Bueno, sí... —dijo Anton.

El armario decorado con pinturas rústicas, la cama pasada de moda y las cortinas de florecitas en la ventana no respondían exactamente a sus gustos.

—¿Sabes que la señora Hering ha pintado todo ella misma?

—Humm —masculló Anton indiferente.

—Esto tenía que haberlo tenido yo a tu edad... ¡Vacaciones en una granja y además una habitación propia! ¿Sabes cómo pasaba yo las vacaciones?

—Nnn...

—Donde vivíamos, en el lago dragado.

Ibamos en bicicleta y lo único que nos daban eran diez céntimos para un helado.

Anton gimió en voz baja. Cuando su padre empezaba con sus viejas historias lo mejor era no decir nada, de esta manera pronto volvía a callarse.

—Irse fuera... Eso no existía en absoluto. Hoy, por el contrario, tiene que ser por lo menos un balneario, preferiblemente con piscina y discoteca.

«¡Exactamente!», asintió Anton con el pensamiento.

—Pero nosotros también podemos tener unas vacaciones sencillas. ¿No es cierto, Anton?

Anton gruñó algo incomprensible.

—A mí también me gusta —dijo después.

Cerró la tapa de su maleta y colocó en el armario la cartera del colegio, en la que había escondido la segunda capa del pequeño vampiro.

—Estoy listo.

Anton el sensible

La señora Hering estaba en el patio charlando con la madre de Anton. Llevaba botas y pantalones de montar, tenía el pelo rubio y corto y, según le pareció a Anton, no tenía en absoluto aspecto de granjera.

—¿Estás contento con tu habitación? —preguntó ella.

¡Que los adultos tuvieran que preguntar siempre lo mismo...!

Anton inclinó la cabeza.

—Sí.

—En realidad es la habitación de Johanna —dijo—. Pero cuando tenemos veraneantes duerme en la habitación de Hermann... ¿No te resulta demasiado de niña?

—En eso Anton no es tan sensible —afirmó la madre de Anton—. Precisamente al educarle hemos hecho hincapié en que aprenda a respetar a las niñas.

—¿Cómo dices? —dijo desarmado Anton.

¿De dónde se sacaba ella eso? ¡En todo lo que se refería a las niñas él era incluso muy sensible!

—De todas formas, este fin de semana Hermann y Johanna están en casa de los abuelos —aclaró la señora Hering.

—¡Qué pena! —dijo el padre de Anton—. Anton no tendrá entonces nadie con quien jugar.

—Así también puedo entretenerme —dijo Anton enojado.

Bien podía prescindir de Hermann, del que sabía que sólo jugaba con caballeros. Y Johanna, a la que había visto

brevemente cuando estuvo en la granja con sus padres para reservar las habitaciones, tampoco era de su agrado.

—¿También sus hijos tienen vacaciones en el colegio?

—preguntó la madre de Anton.

—No, hasta dentro de dos semanas no.

Anton escuchó con atención sorprendido. ¡Entonces al menos por las mañanas podría estar tranquilo!

—¡Bueno, ahora les enseñaré la granja!

La señora Hering abrió una puerta de madera pintada de verde.

—Por aquí se va al establo de las vacas.

Los padres de Anton la siguieron..., alegres y nerviosos. «¡Como si no hubieran visto nunca una vaca!», pensó Anton despreciativo. Trotó lentamente detrás de ellos. ¡Tenían que darse cuenta de que él era ya demasiado mayor para pasar unas vacaciones en una granja!

Ganado vacuno

La señora Hering estaba en el patio charlando con la madre de Anton. Llevaba botas y pantalones de montar, tenía el pelo rubio y corto y, según le pareció a Anton, no tenía en absoluto aspecto de granjera.

—¡Menudas vacas!

—Seguro que crees que se están todo el año en el establo —dijo la señora Hering.

—¿Por qué no? Hay que ordeñarlas, ¿no?

—¿Ordeñarlas?

La señora Hering empezó a reírse.

—Nosotros sólo tenemos toros. Y ahora están en el prado.

Anton notó cómo se ponía colorado. ¡Cómo iba él a saber eso! Y además..., el ganado vacuno no le interesaba.

—¿Y no tienen otros animales? —preguntó enérgicamente.

—Sí. La señora Hering se dirigió a un tabique de madera.

—Un corderito que criamos con biberón. Se llama Balduin.

Anton casi exclama «¡Qué dulce!», pero aún pudo evitarlo a tiempo. ¡Sólo los niños pequeños chillaban al ver crías de animales!

—¿No te gustaría acariciarlo? —preguntó la señora Hering.

—Nnn... —gruñó metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—Anton se siente demasiado mayor para hacer eso — dijo su padre.

—¡De ninguna manera! —repuso Anton—. Pero eso es sólo para niñas.

—¿Cómo dices? —exclamó indignada la madre—. ¡Debes estar completamente chiflado!

De repente se levantó toda su rabia contra aquellas malditas vacaciones.

—¡Claro que es cosa de niñas! Acariciar animales, montar a caballo... ¡para niñas es estupendo! ¡Pero para mí no!

Se volvió apresuradamente porque le subían lágrimas a los ojos. ¡Si ahora sus padres estaban enfadados con él, le daba absolutamente igual!

Hubo un penoso silencio. Luego oyó a su padre que preguntaba:

—¿No tiene usted murciélagos? Es que a Anton le encantan los murciélagos y los vampiros.

—¿Murciélagos? Arriba en el granero hay alguno. ¿Quieren ustedes verlos?

—¡Oh, no, eso sí que no! —exclamó la madre de Anton—. ¡Me gustaría estar una semana entera sin tener nada que ver con vampiros ni murciélagos!

Anton respiró, pues estaba convencido de que el vampiro habría escondido su ataúd en el granero.

—A Hermann le vuelven loco los caballeros —dijo la señora Hering—. ¡Cada niño tendrá su manía!

—¡Eso no puede compararse! —exclamó Anton..., bastante poco precavido, como en seguida notó.

La señora Hering preguntó curiosa:

—¿Por qué no se puede comparar eso?

—Porque... —vaciló.

No podía, de ningún modo, decir algo equivocado.

—Anton cree en vampiros —dijo el padre en su lugar—. Incluso tiene un amigo del que afirma que es vampiro.

La señora Hering se rió.

—¡Entonces puedo estar contenta de que Hermann juegue sólo con figuras de juguete!

A Anton le hirvió la sangre. Pero esta vez se dominó. ¡Que se rieran de él..., con eso sólo demostraban que no tenían ni idea!

